De Berlín a Kabul

José Fernández Santillán

Este País
Enero 2002
Número 130

Con las imágenes repetidas de los aviones desviados por terroristas incrustándose en las torres gemelas de Nueva York vino a mi mente el título del libro de Benjamin Barber, Jihad vs. McWorld. La tesis fundamental de este profesor de la Universidad de Rudgers es que, luego de la caída del socialismo autoritario, acudimos a la expansión de, por lo menos, dos fenómenos que están poniendo una vez más a prueba el modelo del Estado liberal democrático, o sea, el tribalis-mo y la globalización: "Jihad persigue la política consanguínea de la identidad; McWorld busca la descarnada economía de la ganancia."1 El reforzamiento de las identidades tribales se explica porque ante el desmembramiento de algunos Estados y ante la incertidumbre y el miedo a lo desconocido, la gente se repliega a las referencias más inmediatas. En un texto reciente, Ralf Dahrendorf se ha referido a este problema: "Acudimos al resurgimiento de la tribu, de los primeros lazos y emociones. El comunismo fue, entre otras cosas, un intento de homogeneización -alguien diría de modernización- forzada. Ahora que se ha ido, las viejas identidades y vínculos religiosos quieren ocupar la escena. En cuanto la gente tiene poco de donde asirse y aún menos que comer, caen en manos de falsos profetas que llenan sus mentes de odio contra los demás en nombre de la autodeterminación."2

Por su parte, el desbordamiento de la actividad económica representa la codicia sin límites que se manifiesta en la agresividad y en el deseo de acumulación material. La consecuencia es que "al reducir las alternativas entre la Iglesia del mercado universal y la retribalización de la política de las identidades particularistas, los pueblos del mundo están amenazados por el retorno atávico a un tipo de política medieval."3 No se cuántas veces se ha repetido después de los atentados del 11 de septiembre que el deseo del fundamentalismo es precisamente ese: regresar a una política parecida a la época oscurantista.

Jihad y McWorld no son poderes con vocación auto-limitativa; por el contrario, son fuerzas que tratan de engullir lo que encuentren a su paso. Actúan como polos opuestos, uno jala hacia los odios parroquiales, otro hacia la unificación de los mercados; uno trata de modificar los antiguos linderos subnacionales desde adentro, otro trata de volver las fronteras nacionales porosas desde afuera. A pesar de lo contradictorio de sus naturalezas, "Jihad y McWorld tienen en común lo siguiente: ambos le están haciendo la guerra a la soberanía del Estado nacional y esto afecta sensiblemente las instituciones democráticas."4

Los ideólogos de Jihad atacan la política democrática esgrimiendo que el Estado nacional es una "comunidad ilusoria" y la ciudadanía una "abstracción"; para ellos lo que cuenta son las comunidades clasificadas por los rangos de adscripción colectiva y, en consecuencia, individuos identificados en determinados clanes totémicos. Los teóricos de McWorld critican la política democrática sosteniendo que el Estado nacional es un artificio incómodo y la ciudadanía una bagatela; para ellos lo que existe son individuos sensibles a los mensajes que lanza el mercado. A esto Barber responde: "Ni la esfera tribal ni la esfera de la circulación de mercancías, es decir, ni el clan ni el malí ofrecen un espacio público adecuado para la clase de comunidad democrática que le puede proporcionar a los ciudadanos identidad e inclusión."5

Para Barber es imprescindible plantear en sus justos términos el problema contemporáneo recordando que en toda sociedad existen tres poderes: el cultural, el económico y el político. El desafío planteado es

la absorción de la economía y la política en el terreno cultural-antro-pológico (Jihad) o el confinamiento de la cultura y la política al marco económico (McWorld). Al contrario, el arte liberal de la separación es la vía para reconocer la presencia de diferentes espacios y, a la vez, su influencia recíproca.

El actor fundamental que puede obrar en contra de estas tendencias polarizantes, para Barber, es la sociedad civil. Por ello, para favorecer la democratización, la actividad de la sociedad civil debe extenderse a las relaciones internacionales. De hecho ya sucede así con los grupos ecologistas, las asociaciones en defensa de los derechos humanos, las agrupaciones de intercambio cultural y un sinfín de otras actividades organizadas que hacen de la globalización un fenómeno que va más allá de la interdependencia económica.

En el mismo tenor, Barber piensa en la necesaria globalización de la política democrática; en la integración de los Estados en un impulso que venga desde abajo y no en la aglutinación desde la óptica imperial. La fórmula que le parece más adecuada para cumplir este propósito es la confederal: "La democracia global necesita del confederalismo, una forma no compulsiva de asociación sustentada en la amistad y el interés mutuo. El confede-ralismo depende de los Estados miembros que están a su vez bien cimentados en la sociedad civil y en los ciudadanos para quienes el otro no es sinónimo de enemigo."6

Hoy más que nunca es necesario tomar en consideración esta propuesta de democratización internacional después de lo ocurrido el 11 de septiembre en el que vimos, atónitos, la manera en que opera la violencia fundamentalista.

Algunos han dicho que, con esto, la globalización se ha acelerado. Les faltó precisar que el resorte activado tiene que ver menos con la interdependencia comercial y más con el imperativo de establecer un nuevo orden político internacional, de naturaleza democrática, para evitar la proliferación de la barbarie.

Nada justifica que se cometan actos criminales. Mucho menos cuando se invoca, para llevarlos a cabo, la pureza religiosa en contra de la civilización en su conjunto. Esa es la verdadera dimensión del drama. Quienes planearon, patrocinaron y perpetraron la masacre sabían que no iban tan sólo contra un símbolo económico: McWorld, el propósito era cegar la vida de personas inermes de las más distintas nacionalidades -cerca de ochenta— para infundir pánico dentro y fuera de las fronteras del país que la sufrió. Sería entonces más apropiado hablar de Jihad vs. Universitas Civium y no del tribalismo contra la globalización económica. Conviene recordar que entre 1989 y 2001 hubo varios conflictos de importancia: la guerra del Golfo Pérsico, las masacres étnicas en Ruanda, la guerra de los Balcanes, las brutalidades en Timor Oriental, etcétera. No obstante, sin restarle importancia a estos fenómenos, lo cierto es que ellos tuvieron una connotación regionalmente acotada, mientras que los atentados en el noreste de la Unión Americana presentan un perfil omniabarcante. Recurro una vez más a la claridad conceptual de Susan Sontag: "el terrorismo activista que se apuntó un éxito tal el 11 de septiembre es, claramente, un movimiento global. No debe identificársele con un Estado en particular, y ciertamente no es identificable sólo con el maltrecho Afganistán... Como la economía de hoy, como la cultura de masas, como las enfermedades pandémicas (pensemos en el sida), el terrorismo se burla de las fronteras."7 Este nuevo matiz no se debe a que la agresión la haya sufrido el país más poderoso del orbe; el asunto radica en la evidencia de que hay una compleja y extendida red de organizaciones terroristas -diseminadas en, por lo menos, sesenta naciones- cuyo cometido es actuar en el plano internacional enarbolando un motivo místico. Como ha puntualizado Sartori: "Los, digamos, kamikazes a la antigua usanza, se inmolaron por su patria, son locales. Su causa fue concreta y circunscrita. Los suicidas de Nueva York y el Pentágono, y los que seguirán su estela, son globales y su patria es el Corán y su fe religiosa. No luchan por el lugar en el que nacieron, sino por un mundo islamizado que combate y castiga a los no creyentes."8 Una interpretación torcida de este credo parece poner en peligro la reforma ilustrada que se venía registrando en los años recientes. Sobre este riesgo Kramer opina: "Lo sucedido (...) fue lo contrario: el descenso hacia una guerra santa medieval. Para detener la regresión, la mayoría moderada tendrá que oponerse a la movilización de la religión islámica con fines bélicos... Pero es imposible

desplegar la religión para justificar el asesinato y la inmolación sin socavar los fundamentos mismos de la religión. En los compungidos rostros de los musulmanes respetables se advierte algo más que pesar por el duelo en los Estados Unidos. Se advierte la conciencia creciente de que los individuos que derribaron las Torres Gemelas han puesto en peligro el islam."9

Como lo advirtió Mario Pirani: "Las bombas humanas no son producto de la desesperación y la miseria, sino de la exaltación de la fe islámica intolerante y extremista." Martin Kramer, profundo conocedor del islamismo, coincide con esta interpretación: "En algunos sectores [musulmanes], el 'mártir' es tenido por el más noble de los fieles; de acuerdo con un respetado clérigo sunita, 'estas operaciones son la manifestación suprema de la Jihad'. Dadas las circunstancias, es posible reclutar ya no un 'mártir' sino a decenas. Y por primera vez los que planifican el terrorismo pueden concebir lo que parecía inimaginable: muchas operaciones suicidas simultáneas, llevadas a cabo por equipos de 'mártires' ."10

Convengamos, por tanto, en que la lógica de este tipo de terrorismo es distinta de otras motivaciones suicidas.11 Ahora se trata de alcanzar la gloria celestial mediante el homicidio. Usar la vida de los otros como peldaño para llegar a la gloria en el más allá. Matar para conquistar la eternidad.

Entrevistado en tomo a lo que estos ataques representan Benjamin Barber declaró: "Lo que tenemos ahora es la versión más extrema de Jihad, que rechaza toda expresión de modernidad, secularización, occidentalización. racionalización y democracia, y que ha lanzado una guerra violenta y nihilista contra la modernidad."12

Recordemos que ya anteriormente se había dado el intento de derribar las Torres Gemelas de Nueva York: el primer ataque fue promovido por Sheik Ornar Abdel Rahman en 1993. Lo que buscó este clérigo radical, después de que lo expulsaron de Egipto, fue seguir combatiendo el régimen secularizado del presidente Hosni Mu-barak desde la Urbe de Hierro. La cuestión era exaltar la fe religiosa afectando el eje del poder político y económico internacional. Esto, a su entender, generaría la in-surgencia contra el régimen de su país y los infieles del mundo. Aunque parezca descabellado, lo que se proponía Rahman -y que de alguna forma también pretende Osama bin Laden- era convertirse en el guía de un sistema de dominación, con pretensiones unlversalizantes, inspirado en el Corán. El Sheik fue a parar a una prisión norteamericana, pero enseñó el camino. El ataque de 1993, pues, fue el preámbulo, y el motivo inspirador, de las atrocidades cometidas ese 11 de septiembre.13

La maquinación es grave porque pone en riesgo un proyecto de dimensiones históricas en el que pudieron haber muchas controversias; pero, todas ellas, estuvieron comprometidas en una discusión crítica bajo ciertas premisas comunes.

Si algo evitó el holocausto nuclear fue la certeza de que, aunque fuesen posiciones rivales las del comunismo y la democracia liberal, el bien más preciado para ambos era la vida. Había una cierta racionalidad en los actores: si se disparaba el primer misil atómico ambas partes quedarían aniquiladas; no habría ni vencedor ni vencido.

En este nuevo tipo de conflicto producido por el fanatismo islámico tal freno ya no existe. Acaso ese sea el factor que más ha impactado a la psique colectiva. Lo que expuso Bin Laden no deja lugar a dudas: "Nuestro blanco son los infieles del mundo"; "nuestro terrorismo va dirigido contra los enemigos de Alá"; "nosotros amamos los asesinatos cometidos en su nombre y adoramos este tipo de muerte mucho más de lo que amamos la vida. No tenemos nada que temer ante ello. Es algo que deseamos."; "nuestros jóvenes sólo quieren una cosa, matarlos a ustedes para que ellos puedan ir al paraíso."14 Estas afirmaciones no fueron producto de una diabólica y fugaz ocurrencia. Han sido ideas que han proliferado en los sectores más recalcitrantes del mundo musulmán y que fueron inculcadas a Bin Laden por su maestro Abdul Asis-Azzam, profesor de estudios islámicos en la Universidad Rey Abdul de Arabia Saudita, su tierra natal. Es la forma en que piensan los miembros de ese grupo que encontró refugio en Afganistán. A ellos se han unido gente como Ayman Zawahiri, lugarteniente de Bin Laden y líder del

grupo extremista Jihad Islámica. Es la interpretación político-religiosa que quisieran implantar en la mayor cantidad de países árabes posible para después lanzarse a la conquista del mundo. Como lo dijera Thomas Barlow: "El llamado a 'un solo pueblo', como la consigna de 'un único Dios verdadero' o 'un partido y nada más' o 'una ideología exclusiva' es el primer paso a la barbarie e, irónicamente, también al conflicto."15 Oponerse a esa visión le costó la vida a Ahmed Shah Mas-soud, líder de la Alianza del Norte, caído en un complot dos días antes de la masacre perpetrada en Estados Unidos. Como opina Arthur Schlesinger, esta es "la destrucción por el puro placer de la destrucción".
Tuvieron que pasar pocos años -doce, con más exactitud- para que la relación entre la alegría y el horror se invirtiera. El júbilo de 1989 en contraste con el drama de 2001. De la caída del Muro de Berlín al derrumbe de las Torres Gemelas de la gran manzana. El "espíritu del tiempo" -para usar el famoso dicho hegeliano- se concentró en Europa del Este para de allí expandirse a todas las latitudes con un hálito de entusiasmo y confianza en el porvenir. Ahora nuestra atención, y profunda preocupación, se focalizar en Asia central y el complicado esquema político-militar que está en juego en esa región.

La caída de Kabul, si bien es un paso importante no resuelve el potencial conflictivo de la zona, entre otros motivos porque allí está en juego un asunto en el que casi nadie ha reparado: el control sobre los inmensos recursos del mar Caspio. Este lugar se considera la nueva Meca de la industria petrolera mundial: a plena capacidad puede dar 1 millón 300 mil barriles diarios de petróleo. Por ello, quien controle el Caspio podrá controlar, en el corto plazo, el precio del crudo a nivel mundial.16 La importancia estratégica aumenta apenas se nombran a las naciones circundantes: Rusia al norte, Kazajistán y Turkmenistán al este, Irán al sur y Azerbayán al oeste. Dos de estas repúblicas tienen fronteras con Afganistán, o sea, Turkmenistán e Irán. En el ajedrez de poder también está involucrada Turquía, que es el único país musulmán que pertenece a la OTAN. La zona en cuestión ha servido en los años recientes como lugar de formación de grupos terroristas, paso del tráfico de armas y de drogas. A esta situación precaria debemos añadir que en varias de esas pequeñas y débiles repúblicas recién formadas no hay gobiernos propiamente dichos, sino enclaves de dominación señorial.

Como quiera que sea, reconozcamos que entre la terminación de la guerra fría y los ataques al World Trade Center media un lapso de tiempo caracterizado por la indefinición. Una ciclo internacional concluyó sin haber sido sustituido por otro de contornos claros. Vagamos en la penumbra, en una situación donde la amenaza de nuevos actos de violencia masiva no está descartada.

En cierto sentido ya a principios de los noventa la perspectiva se había vuelto poco luminosa cuando, al lado de la edificación de las instituciones democráticas en naciones como Polonia, Hungría y Checoslovaquia, renacieron los conflictos interétnicos en lugares como la ex Yugoslavia y las antiguas repúblicas soviéticas. Hubo una bifurcación entre el camino a la recuperación de la tradición liberalconstitucionalista y la agresividad atávica. Las palabras pronunciadas por Vaclav Havel, inmediatamente después de la desaparición del socialismo estalinista, adquieren un nuevo significado: "Puede suceder que después de la debacle del Imperio soviético, como aconteció con la caída de Roma, no sobrevenga un periodo de esplendor, sino de decadencia y oscurantismo." Por lo menos eso es lo que pretende, declaradamente, el movimiento fundamentalista en curso.

Ozdem Sanberk ha recordado con respecto de la situación en los Estados musulmanes: "Quizá deberíamos comenzar por dejar de cerrar los ojos ante el hecho de que numerosas víctimas del terrorismo ya habían sido sacrificadas entre la propia población islámica antes que en Nueva York y Washington."17

En Afganistán, el régimen talibán, desde su ascenso el 27 de septiembre de 1996. había orquestado toda una línea de brutal represión contra la población en general y contra las mujeres en particular. El gobierno encabezado por el Mullah Mohamad Ornar dispuso que las mujeres deberían portar obligatoriamente una burka, prenda que las cubre completamente como si fuera una mortaja. Si dejaban ver su rostro les tiraban ácido en la cara. En la eventualidad de que mostraran cualquier otra parte o hicieran ruido al caminar podían ser golpeadas e incluso asesinadas. Las expulsaron de las escuelas y de

sus centros de trabajo. Un edicto de 1997 les prohibió recoger víveres en los centros de distribución; un hombre tenía que acompañarlas. Se calcula que en el último lustro el 97% de las mujeres no recibió atención médica.18 Según lo ha hecho saber Fatana Gilliani, dirigente del Consejo de Mujeres Afganas, la expectativa de vida en su país es de tan sólo 40 años. El promedio de mortalidad de los niños menores de 5 años es del 26 por cien-

to; mientras que 7 de cada 10 personas están en el nivel de desnutrición. El gran debate que ocupó a los talibanes respecto a los homosexuales fue qué hacer con ellos: arrojarlos desde los edificios más altos o enterrarlos vivos.19 Los imanes tenían una lista de fieles adscritos a las mezquitas y si alguien no asistía cinco veces al día a la que le corresponde, los encargados del templo, apenas se presentaba el individuo señalado, lo arrastraban a la calle y lo golpeaban en público como escarmiento. Si los hombres no se dejaban la barba larga se arriesgaban a que les mutilaran las orejas. Quienes no pertenecieran a la etnia pashtún (cepa del Talibán) y no profesasen la versión sunita de su credo, como pueden ser las tribus tajik, uzbek, hazara, aimaq, farswa, turko-mena y nuristani, sufrían violencia, discriminación y saqueos de toda índole. De la ira de este radicalismo no se salvaron ni las obras de arte budista, que fueron destruidas tomando como pretexto el prurito de que eran contrarias a lo que ordenan los textos sagrados.

Un comportamiento de esta naturaleza no podría llevar más que al aislamiento frente a la comunidad internacional. La manera seleccionada para romper ese arrinconamiento fue la de recurrir a la provocación violenta y, enseguida, exaltar las pasiones religiosas poniendo en jaque a los gobiernos moderados ubicados en la franja geográfica que va desde Marruecos hasta Indonesia.

A raíz de este conflicto los Estados Unidos se encuentran en la posibilidad de encabezar un movimiento internacional de magnas proporciones para encarar retos comunes. Esta oportunidad invita a abandonar la tentación imperialista que ha estado presente sobre todo en algunos círculos conservadores. Las circunstancias se han vuelto favorables para que a partir de la formación de convergencias se puedan tomar, en el sentido más pleno de la palabra, determinaciones de naturaleza democrática entre los miembros de la comunidad de naciones. Es hora de poner a la política en el puesto de mando del proceso de globalización en su sentido más amplio. Como dice Barben "Hemos globalizado los mercados, el empleo, el crimen, las enfermedades y hasta el terrorismo, pero no hemos globalizado el concepto sociedad civil ni las instituciones democráticas ni el Estado de derecho. Lo que ocurrió el 11 de septiembre nos dice que ahora debemos trabajar muy duro para internacionalizar todas estas cosas. Sólo cuando hagamos eso podremos derrotar al terrorismo y las condiciones que lo provocaron. El 10 de septiembre de 2001, la idea de globalizar la democracia era una idea romántica, una utopía, pero para el 12 de septiembre la idea se convirtió en necesidad."20 Quien mejor ha entendido e interpretado este imperativo ha sido el primer ministro de la Gran Bretaña, Tony Blair, y no tanto George W. Bush, presidente de los Estados Unidos quien es portador de una mentalidad más cargada hacia la derecha y hacia el belicismo.

Hay. pues, dos caminos: uno representa la aglutinación de esfuerzos y la integración alrededor de la defensa de valores comunes que hoy, más que nunca, exigen una postura de mayores alcances sobre todo en el plano exterior; otro significa el autoaislamiento junto con el desmembramiento del naciente espíritu de solidaridad democrática.

En esta disyuntiva también están inmersos el gobierno y el pueblo de Israel. Como lo ha dicho acertadamente el rey Abdullah de Jordania: Israel tiene derecho a gozar de la seguridad dentro de sus fronteras; pero, igualmente, los palestinos tienen derecho a contar con su propio Estado. Esto no será posible mientras se sigan presentando ataques y contraataques de ambos bandos. El único camino es el del entendimiento político. Si eso llegara a suceder se brindaría una contribución de enorme relevancia a la paz internacional y para apaciguar las inquietudes en el área de los países árabes y musulmanes. De paso, se les quitaría a los grupos terroristas uno de los pretextos a los que han acudido con más frecuencia para justificar sus acciones armadas.

En el hemisferio occidental, por su parte, los acontecimientos derivados de aquel martes negro también han puesto a la izquierda en una disyuntiva. Algunos sectores de ella han condenado los ataques de los fanáticos musulmanes en tierra norteamericana; otros, en cambio, han esquivado esa condena diciendo que, en realidad, Estados Unidos se lo merecía. Tres mujeres expresan de distinta manera su opinión sobre este aserto. De una parte, Oriana Fallad -a quien recordamos con admiración en México por su valiente participación al lado del movimiento estudiantil en 1968-, al darse cuenta de lo que es capaz el régimen talibán y su alianza con el terrorismo, ha llamado al combate contra el "fascismo islámico". Por otra parte, Rossana Rossanda ha sido obsecuente con quienes exaltan el fervor islámico. La mejor respuesta a esta última interpretación proviene de una de las mentes más lúcidas de la izquierda norteamericana, Susan Sontag: "la óptica que detecto entre algunos intelectuales estadunidenses y muchos intelectuales bien-pensant en Europa; la óptica de que Estados Unidos ha traído ese horror sobre sí mismo, de que Estados Unidos es, en parte, culpable por las muertes de estos miles ocurridas en su propio territorio: esta no es, una óptica que yo comparta. Cualquier intento de perdonar o condonar esta atrocidad culpando a Estados Unidos -y aunque haya mucho de que culpar a la conducta estadunidense en el extranjero- es moralmente obsceno."21 Así pues, se engañan de pies a cabeza quienes se han escudado tras el antinorteamericanismo para ver en este drama una alternativa liberadora: la secuela de acciones in-tegristas no pretende, ni por asomo, resolver los problemas de nuestras sociedades; por el contrario, la insidia va dirigida a combatir encarnizadamente las libertades individuales, la igualdad de género, el orden jurídico, la democracia y la tolerancia. Gianni Riotta, codirector del periódico turinés La Stampa, sintetizó esto de manera clara: "Bin Laden no trata de resolver los problemas más graves de nuestra sociedad, sino atacar lo mejor de ella. Una vez más vemos cómo la izquierda extraviada, consciente o inconscientemente, está respaldando las posiciones que tradicionalmente han caracterizado a la extrema derecha."

Pongo un ejemplo por demás ilustrativo: entre las personas a quienes se les ha descubierto vínculos con la red de Al-Qaeda se encuentra Ahmed Huber, empresario suizo que se convirtió al islamismo en los años sesenta. Miembro del Consejo directivo de Nada Management, que es parte del grupo internacional Al Taqwa. Este grupo ha actuado como consultor financiero de la referida red de Al-Qaeda. Pues bien, Huber es conocido como un fundamentalista islámico que ha intentado fortalecer el contacto entre las agrupaciones ortodoxas musulmanas y los movimientos neonazis.22

La vía que debemos seguir a nivel internacional debe ser otra muy diferente a la adhesión, abierta o velada, al fundamentalismo islámico. Hay que reconocer, finalmente, la validez de la propuesta liberal e iluminista en la que se incluye el neocontractualismo. Esta perspectiva propone, en el plano internacional, abandonar el estado de naturaleza: con los atentados quedó más que demostrado que seguimos en una condición de indefensión; en una situación de inseguridad en ausencia de una autoridad supranacional con poder suficiente para solucionar los conflictos.

Continuamos en la situación hobbesiana en la cual nadie está seguro de nada: hasta el más fuerte puede ser dañado por el más débil. La idea es estipular un acuerdo para entrar en una condición de seguridad colectiva con base en el imperio de la ley. La situación de enfrentamiento no puede prolongarse, más aún si esta conflictividad tiende a globalizarse.

El terrorismo ha dado un salto cualitativo. Así lo entendió la ONU; así lo han interpretado los Estados que se han adherido a la coalición en contra de las agrupaciones terroristas. Hay una convergencia para enfrentar el peligro: Arabia Saudita rompió con el régimen talibán; Irán se ha flexibilizado; Japón ha mostrado su disposición a colaborar en la tarea común; la Unión Europea ha cerrado filas y está desplegando una actividad diplomática sin precedentes; lo que hubiera sido impensable hasta hace poco ha sucedido: Rusia se incorporó a este esfuerzo; el coronel Muammar Chadafi desaprobó al gobierno fundamentalista que sometió a la población afgana a los peores oprobios; Cuba condenó la masacre; el líder chino Jian Zemin reconoció que la afrenta es contra el mundo en su conjunto; Grecia puso su bandera a media asta en la Acrópolis y mandó a los norteamericanos el siguiente mensaje: "nuestros valores comunes de libertad y democracia prevalecerán". Esta unión hace que la lucha no sea contra el

mundo árabe ni contra el credo inspirado en la palabra de Mahoma; el combate es contra una distorsión específica de esa doctrina y su instrumentalización con fines de propaganda y de polarización.

Sería absurdo pensar que esta confluencia haya sido producto de una subordinación a los dictados del gobierno norteamericano; se ha hecho, en contraste, con base en la convicción de que no se puede actuar aisladamente ante hechos que ponen en vilo el proyecto civili-zatorio. Con todo y ese absurdo son muchos los que en México se han quedado varados entre los viejos resentimientos y el miedo a entrar en un marco internacional que no alcanzan a comprender. Lo más grotesco de esta postura se dejó ver en la manifestación del 2 de octubre en la que se lanzaron a diestra y siniestra consignas a favor de Bin Laden y los talibanes. El fascismo encarnado en el ridículo.

Sea como sea la forma en que se observe la manera en que se está presentando la aglutinación de esfuerzos, podemos afirmar que no fue en vano el programa filosófico emprendido por los clásicos del iusnaturalismo al descubrir que el camino para abandonar el estado de naturaleza era la estipulación de un convenio entre las partes con el fin de constituir una fuerza común que proteja a todos los contratantes.

Fue Kant quien pensó en un pacto de carácter internacional para garantizar la seguridad colectiva. La forma de gobierno que propuso fue una república confederada opuesta, por completo, a la idea autocrática. El régimen republicano tendría su base de sustentación en la libre voluntad de los Estados coasociados, no en la imposición desde arriba. En su escrito La paz perpetua indicó que llegaría algún día en que para sentirse a salvo los hombres alzarían la mirada a un plano superior para crear un orden que fuese al mismo tiempo justo y estable: "Sí es un deber, y al mismo tiempo una esperanza, el que contribuyamos todos a realizar un Estado de derecho público universal, aunque sólo sea en aproximaciones sucesivas, la idea de la 'paz perpetua' (...) no es un fantasma vano, sino un problema que hay que ir resolviendo poco a poco acercándonos con la mayor rapidez al fin apetecido, ya que el movimiento del progreso ha de ser, en lo futuro, más rápido y eficaz que en el pasado."23 Esta aseveración entra en consonancia con lo que ha dicho Norberto Bobbio acerca del filósofo de Konigsberg: "El triunfo del derecho en la sociedad humana no será completo sino hasta que sea instaurado un Estado jurídico civil y no natural entre los Estados.""24 Pues bien, ese día ha llegado.

Referencias

1 Benjamin Barber, Jihad vs. McWorld, Ballantines, Nueva York, 1999. p. 8.
2 Ralf Dahrendorf, After 1989. (Moráis, Revolution and Civil So-ciety), St. Martin's Press, Nueva York, 1997, p. 10.
3. Benjamin Barber, op. cit., p. 7.
4 Ibidem, p. 6.
5 Ibid... p. 288.
6 Ibid., p.291.
7 Susan Sontag, "Modernidad y Guerra Santa", op. cit., p. 62.
8 Giovanni Sartori, "Oíd los críticos, Oriana tiene razón", El Universal, 20 de octubre de 2001. En este escrito Sartori respalda la afirmación de Oriana Fallad: "Si se hunde América, se viene a pique Europa, naufraga Occidente y nos venimos abajo todos. Blair lo ha entendido..."
9 Martín Kramer, "El secuestro del Islam", ídem.
10 Martín Kramer, "El secuestro del Islam", Letras Libres, núm. 35, noviembre de 2001, p. 25
11 Un estudio pormenorizado del terrorismo como fenómeno político puede encontrarse en el libro de Luigi Bonanate, Dimensioni del terrorismo político, Franco Angeli/Istituto di Scienze Politiche "Gioele Solari" Universidad de Turín, Turín, 1979.
12 Benjamín Barber, "Hay que globalizar la democracia", entrevista con Luis de Uriarte, Reforma, 19 de noviembre de 2001, p. 34.
13 Fouad Ajami, "The Sentry's Solitude", Foreign Affairs, vol. 80, núm. 6, noviembre/diciembre de 2001, p. 3.

14 Lisa Beyer, "The most wanted man in fhe world", Time (número especial), 24 de septiembre de 2001, pp. 40-45.
15 Thomas Barlow, "Are we all one happy family?", Financial Times, 10 de noviembre de 2001, p. 11.
16 Jan H. Kalicki, "Caspian energy at the crossroads", Foreign Affairs, vol. 80, núm. 5, septiembre/octubre de 2001, pp. 120-129.
17 Osdem Sanberk, "A dangerous mit that distorts Islam", Financial Times, 19 de septiembre de 2001, p. 15.
18 "El país que ha declarado la guerra a las mujeres", Ahal, año IV, núm. 10, pp. 28-29.
19 The Economist, 6 de octubre de 2001, p. 36.
20 Benjamín Barber, "Hay que globalizar la democracia", op. cit.
21 Susan Sontag, "Modernidad y guerra santa", Nexos, núm. 287, noviembre de 2001, p. 65.
22 Hugh Williamson, Philipp Jaklin, "Far-righthas ties with islamic extreme", Financial Times, 9 de noviembre de 2001, p. 4.
23 Immanuel Kant, La paz perpetua, Porrúa, México, 1983, p. 247.
24 Norberto Bobbio, Diritto e Stato nel pensiero di Emanuele Kant, Giappichelli, Turín, 1969, p. 266.

Esta conferencia fue dictada por el autor en el Instituto de Administración Pública del Estado de México el 30 de noviembre de 2001.